



méxico desconocido

10^o ANIVERSARIO

noviembre 1986

número 117

800.00 pesos



**CACAXTLA, PUNTAL DE LA PINTURA PRECOLOMBINA
ASÍ SE ESCRIBIÓ EL MÉXICO DESCONOCIDO
GALERÍA: UN ALEMÁN HEREDA SU TESORO A MÉXICO**



méxico desconocido

PORTADA: La característica más importante de los murales de Cacaxtla quizá sea el realismo.
Foto: Harry Möller.



méxico desconocido

DIRECTOR GENERAL: Harry Möller

SUBDIRECTOR EDITORIAL: Leonor López D.

JEFE DE REDACCIÓN: José Antonio Alonso

SERVICIOS EDITORIALES: Ma. Elena Hernández

DISEÑO: María Figueroa

FORMACIÓN: Sergio González

DIRECTOR DE PUBLICIDAD:

Lic. Felipe J. de Lascarain, Jr.
Teléfonos: 259-08-14 y 259-09-39

SUSCRIPCIONES: Ma. de Lourdes Chaparro

COLABORADORES: David Díaz Gómez, Rosario Camargo, Víctor Buendía, Alfredo Grajales, José N. Iturriaga de la Fuente, Antonio Mercado, Julio Molina, Enrique M. Molrui, José A. Orozco Palavicini, Alfonso Tirado, Kal Muller, Axel Trujillo, José M. Díaz Gastine, César Mureddu, Mayra Pérez Sandi, Sergio Zambrano, Roberto Williams, Gregorio Muchoño, Ignacio Gómez Gallegos, Michael Calderwood, Bob Schalkwijk, Ignacio Brambila, Gabriel Figueroa Flores, Margarita Mansilla.

GEOGRAFÍA: Lic. Ana García Silberman

ESPELEOLOGÍA: Carlos Lazcano Sahagún

BIOLOGÍA: Gerardo Fernández Ruiz

DOCUMENTACIÓN CARTOGRAFICA: Dirección General de Geografía del INEGI

REFERENCIAS ESPECIALES: SEDUE, INAH

Publicación mensual editada por

EDITORIAL JILGUERO, S.A. de C.V.

PRESIDENTE: Miguel Sánchez Navarro Redo

DIRECTOR GENERAL: John S. Wiseman

DEPTO. LEGAL: Lic. Manuel Vaca Elguero

GERENTE ADMINISTRATIVO: Sara Schoofield L.

TIPOGRAFÍA: Composición Videográfica

COLOR: Color Electrónico, S.A.

IMPRESIÓN: Prisma Mexicana, S.A.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. Certificado de Licitud de Título No. 2711 y Certificado de Licitud de Contenido I o. 1738, ambos expedidos el 5 de julio de 1985. Registro como correspondencia de 2a. clase, No. 031-0680 de la Dirección General de Correos, Registro No. 478-78 de la Dirección General de Derecho de Autor. Prohibida la reproducción parcial o total en cualquier medio.

Precio del ejemplar \$800.00. Suscripción en la República Mexicana \$9,600.00 por doce números. Números atrasados \$900.00. Suscripciones y ejemplares atrasados: Editorial Jilguero, S.A. de C.V., Monte Pelvoux 110, Primer piso, Lomas de Chapultepec, México 10, D.F. C.P. 11000 Tels. 540-40-40 y 259-09-39.

AGENCIA B: Donceles 96-1 entre Brasil y Argentina, Centro, C.P. 06020 México, D.F. Tel. 518-47-01.

sumario

HACE DIEZ AÑOS

carta del director

correo del lector

8 MI BARQUITA DE PAPEL
Ignacio Brambila

9 EL MÉXICO DESCONOCIDO
Texto: José N. Iturriaga de la Fuente
Fotografías: Carl Lumholtz

17 LA HONDA: UNA ANTIGUA ARMA MEXICANA
Texto: Jorge Oberg K.
Fotografías: Ingrid Oberg de Piera y Arturo Piera


20 CACAXTLA DIEZ AÑOS DESPUÉS
Texto: Harry Möller
Fotografías: Antonio Mercado

27 galería UN NUEVO MUSEO EN EL VIEJO CORAZÓN DE MÉXICO
Texto: Rosario Camargo E.
Fotografías: Michel Zavé Thiriart

39 EL ROSARIO DE COPANAHUASTLA
Texto y fotografías: David Díaz Gómez

45 LOS CRÁCIDOS, LAS AVES MÁS RARAS DE MÉXICO
Texto: Brianda Domecq, Leopoldo Paaschi
Fotografías: Terry Fernández

48 LAS CAVERNAS DE LA SIERRA GORDA
Texto y fotografías: Carlos Lazcano S.

53 EXPEDICIÓN ARRECIFE ALACRANES 2 
Texto: Peter Wood
Fotografías: Michael Calderwood

TEXTO: JOSÉ N. ITURRIAGA DE LA FUENTE FOTOGRAFÍAS: CARL LUMHOLTZ

ESCRITORES EXTRANJEROS EN MÉXICO

El México Desconocido

Carl Lumholtz



Carl Lumholtz —nacido en Noruega el año 1851— fue un sabio viajero científico al más puro estilo humboldtiano: zoólogo, botánico, geógrafo, taxidermista, arqueólogo, dibujante y, sobre todo, etnólogo y antropólogo-fotógrafo (así: ligadas e indisolubles las materias antropológicas y fotográficas). No obstante haberse graduado en teología —con el implícito aprendizaje del griego y latín—, sus inquietudes lo mantuvieron en la Universidad de Oslo dentro de las ramas de su interés. Explorador nato desde joven en su propia tierra, luego pudo hacer largos viajes científicos por Australia —donde vivió solo entre aborígenes técnicamente prehistóricos—, India —estudiando la lengua hindú—, Borneo, Estados Unidos y México. La muerte lo obligó, en 1921, a dejar para otros investigadores sus avanzados planes de estudio en Nueva Guinea. Lumholtz publicó numerosos artículos y libros, entre ellos su breve autobiografía *Mi Vida de Exploración* (1921), *Entre Caníbales*, *Simbolismo de los Huicholes* y su obra principal: *El México Desconocido* (1920, escrita originalmente en inglés)*. Ésta cubre sus primeras cuatro expediciones a nuestro país (patrocinadas por el Museo de

Qué mejor oportunidad que la celebración del 100. aniversario de nuestra revista para rendir homenaje al creador de la expresión México desconocido, el noruego Carl Lumholtz, quien a principios de este siglo llevó al mundo entero toda la fascinación de nuestros pueblos indígenas.

Historia Natural de Nueva York, la Sociedad Americana de Geografía y por donantes privados), pero volvió otras dos veces, en 1905 y en 1909-10. Lo mejor de su extraordinaria producción fotográfica

fue rescatado en Estados Unidos por el Instituto Nacional Indigenista y publicado aquí en una excelente edición (*Los Indios del Noroeste*; México, I.N.I., 1982), y en *El México Desconocido* del que por cierto acaba de aparecer una reimpresión

En busca de los indios pueblos

En un principio, Lumholtz vino a México en búsqueda de la continuación cultural de los indios pueblos norteamericanos, los notables *cliffdwellers* —“habitantes de acantilados”— de los cuales, en efecto, hay restos arqueológicos en nuestro país, sobre todo en Chihuahua: la hoy llamada Cueva de la Olla (por un silo de esa forma; está cerca de la Colonia Pacheco y Lumholtz lo llamó el Valle de las Cuevas) y Las Cuarenta Casas, en la misma entidad. Pero ya en el transcurso de sus expediciones, estudió a los tarahumaras, a los tepehuanos, a los ahora extintos tubares y siguió con los coras, los huicholes, los nahuas de Nayarit y Jalisco y los tarascos o purépechas. En sus viajes posteriores a la publicación del libro, estudió también a los seris y pimas.

Su primera expedición mexicana (septiembre de 1890-abril de 1891) fue numerosa en científicos, técnicos y guías estadounidenses: cerca de 30 personas y alrededor de 100 equinos. En Sonora y sobre todo en Chihuahua se descubrieron 27 especies de vegetales, nuevos para la ciencia (entre ellos, el *pinus lumholtzii*) y

*Lumholtz, Carl. *El México Desconocido*. (Cinco años de Exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental, en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los Tarascos de Michoacán). México, Ed. Nacional, 1970. 2 vols. Col. Económica Nos. 827 y 828.



Familia tarahumara.

una ardilla. En su segundo viaje (enero de 1892-agosto de 1893) venía un tercio del personal anterior y ya predominaban los guías mexicanos. En la tercera expedición (marzo de 1894-marzo de 1897) y en la cuarta (1898) fue eliminando la compañía de los norteamericanos e incluso de los mexicanos mestizos, viajando finalmente solo, con la única guía de sendos indígenas de cada región étnica.

Curiosidad científica, convivencia profunda

Por cierto que ganarse la confianza de los indios no era cosa fácil (a veces, hoy todavía no lo es). Lumholtz tenía habilísimos

métodos: cantaba piezas autóctonas, por supuesto en la lengua correspondiente y lo hacía muy bien, es decir, igual que los nativos, (nos dejó *letras* bilingües recopiladas por él, así como la música en pentagrama y grabaciones en cilindros de cera, hoy reliquias). Además era medio prestidigitador: "Uno de mis escamoteos consistía en hacer desaparecer y aparecer de nuevo, a voluntad, una bola roja; y quiso mi buena suerte que la imagen del Sol que los indios (huicholes) conservan en aquel santuario fuera muy semejante a dicha bola en color y tamaño, así que comenzaron a figurarse que el Padre Sol estaba quizás a mi disposición, con lo que comencé visiblemente a ganarme su aprecio".

Por supuesto, se alimentaba de comida indígena y, con frecuencia, también con la carne de los animales que disecaba; cabe citar, a propósito: "Otro de los manjares (tarahumaras) de su predilección es el *ari*, secreción de un insecto cóccido, *carteria mexicana*. Se recoge, en los meses de julio y agosto, de las ramas de ciertos árboles de las barrancas, se enrolla con la mano en gruesos bastones, y se conserva de ese modo para el invierno. Hirviendo un pedacito en agua, se obtiene una especie de salsa para tomarla con una sopa o gachas de maíz. Tiene un sabor agrídulce, aunque no particularmente grato para el paladar, muy refrescante y muy eficaz, según dicen, para aliviar la fiebre. Los indios lo elogian muchísimo y los mismos mexicanos (mestizos) lo compran".

Como buen científico, Carl Lumholtz metía las narices en todos lados, todo lo visitaba y quería coleccionar de todo, lo que le causó problemas graves por lo que se refiere a esqueletos y particularmente a cráneos (coleccionó muchísimos), momias (provocadas por el salitre, cerca de Pacheco, Chih.) y, sobre todo, cuando quiso comprar un cadáver fresco, para llevarlo a Estados Unidos, de un indígena tarasco muerto en un accidente: "Todos aquellos años había estado viajando por México en busca de esa oportunidad, que al fin se me presentaba como por sí misma. Algunos sabios de Estados Unidos, amigos míos, me habían recomendado con encarecimiento que les consiguiese el cuerpo de un indio, y aun uno me había provisto de los medios convenientes para conservar bien el cadáver; pues el examen científico de éste daría sin duda a conocer muchos hechos interesantes respecto a la estructura del cuerpo humano. Aunque bien sabido me era lo poco que se logra de los indios con la festinación, considerando el caso de urgencia supliqué a Don Sebastián, (presidente municipal de Cherán, Mich.) que indujese a los deudos del muerto a facilitármelo mediante una buena recompensa; pero ellos se rebelaron ante semejante idea, especialmente la viuda que exclamaba con firmeza: "¡Nombre, nombre!"

"Viendo que nada se obtendría por medios directos, me apresuré a ver al cura, a quien presenté las cartas de introducción que para él llevaba. Era hombre de espíritu amplio y muy inteligente, de suerte que cuando le expuse mi pretensión, no vio en ella nada indebido y me prometió poner cuanto estuviera de su parte en mi favor. Con esto creí ganada mi partida, y



Paisaje nevado de la sierra tarahumara.

volviendo al mesón, persuadí al presidente a que ensillara su caballo para acompañarme a casa de los dolientes, pero fácil me fue advertir en el camino que se había olvidado de armarse de valor, pues cuando desmontamos frente a la casa, dijo en español a uno de los indios que estaban fuera: "Este señor quiere comprarles al muerto; pero creo que ustedes no lo quieren vender, ¿verdad?", con lo que me descubría su actitud desfavorable a mi proyecto. Si el alcalde hubiera sido tan ilustrado y animoso como el cura, mucho se hubiera ganado ese día para la ciencia".

Coleccionista y gran observador

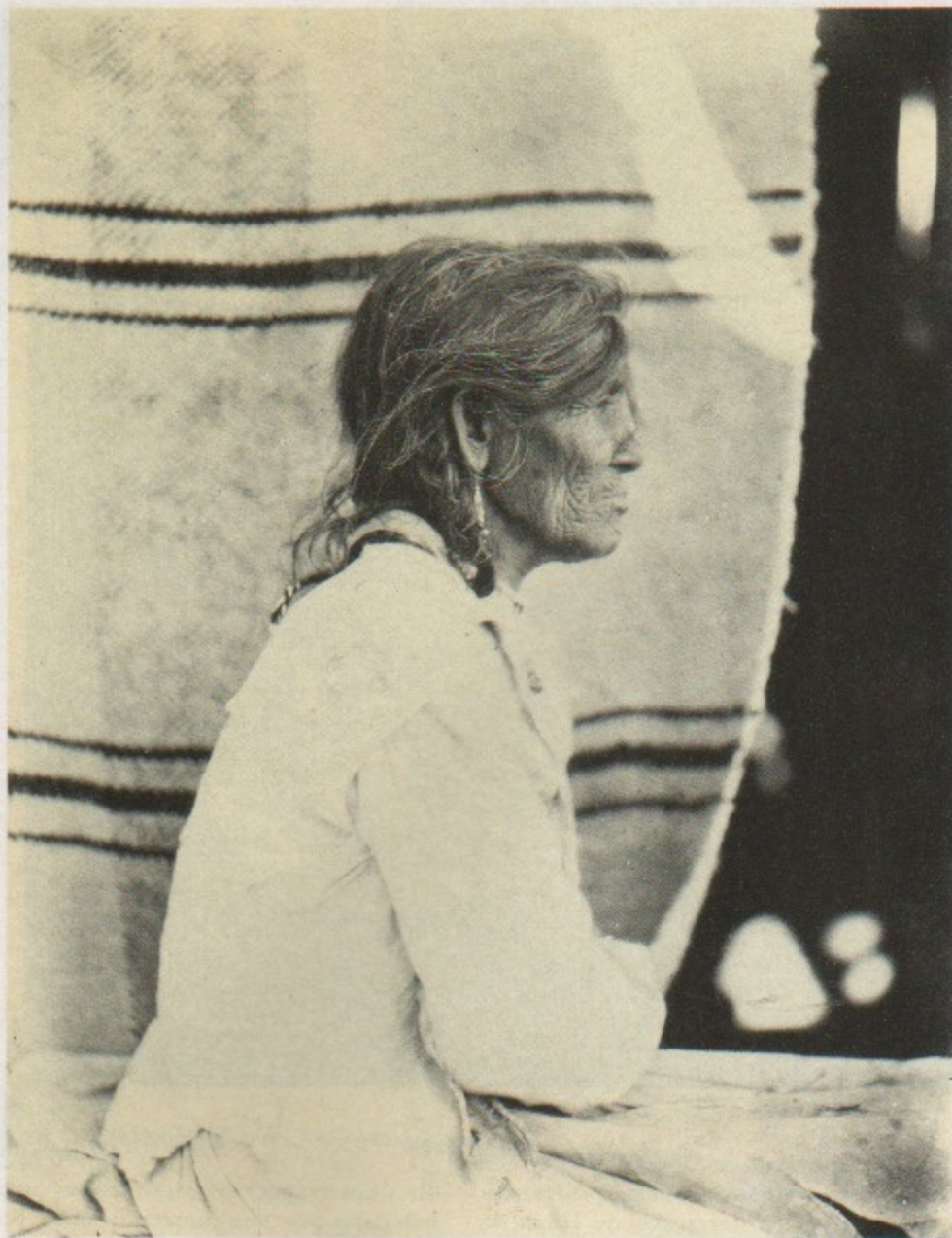
Carl Lumholtz coleccionó cerámica, minerales, un colmillo de mamut, fósiles, tejidos, vestidos, sombreros, flechas, basto-

nes, por supuesto animales y vegetales que él disecaba, terracotas de Iztlán, la pila bautismal de Bacadehuachi, etcétera, de manera que después de varios meses de vivir en una comunidad indígena, sus traslados eran rarísimas procesiones de mulas y de lugareños cargando las más exóticas y disímbolas cosas llenas de colorido y cargadas de muerte. "En Pátzcuaro compré a un padre un espejo de obsidiana negra, vetada de verde claro, probablemente el más grande que existe. Lo había encontrado en el curato del pueblo de Tzirahuén. Posteriormente adquirí dos estatuas de piedra volcánica, ambas representaciones inequívocas de la misma figura que el doctor Le Plongeon encontró en Yucatán y llamó Chac-mul. Una de ellas fue desenterrada en el pueblo de Ihuatzio".

Excavó ruinas —algunas descubiertas por

él— y enterramientos; visitó cuevas (unas habitadas por tarahumaras y otras por pimas); templos estrictamente indígenas y capillas católicas en donde tenían lugar ritos semipaganos; estuvo en la cascada más alta del país —Basaseáchic, Chih., y en las termas de Bolaños, Jal. (Consignó y describió todo lo que vio y le contaron: danzas, tradiciones, creencias religiosas, fiestas, artesanías, enfermedades y medicinas, costumbres, lugares, deportes y juegos. También aportó información relativa a la antropometría, a la economía y a las formas de gobierno de los grupos étnicos que estudió. Reportó los casos que observó de albinos, mudos, ciegos, tartamudos y dementes, éstos muy raros).

Y a propósito de rarezas o curiosidades, Lumholtz nos ilustra sobre muy diversas: en Casas Grandes, Chih., los antiguos indígenas adoraban un meteorito como de



Mujer tarahumara.

una tonelada de peso, mas fue retirado de las ruinas y llevado a Alemania por arqueólogos de ese país, durante el siglo pasado. Los arrieros mexicanos usaban una yegua blanca como guía de las recuas de mulas, pues éstas se "encariñan" con aquella y, así, no se dispersan ni caminando durante el día ni al descansar en la noche. En Tepic había una gazmoña legislación: "Mis hombres, los mexicanos como los indios, habían estado muy preocupados por su entrada a la ciudad, porque hay en el territorio una disposición que prohíbe aparecer en las calles sin pantalones. Esta ley, en vigor en uno o dos estados de México, tiende a promover la

cultura mejorando la apariencia de los nativos, alegándose que los calzones blancos que usan las clases trabajadoras y los indios civilizados no son bastante decentes... Lo cierto es que pueden comprarse pantalones muy baratos y aun alquilarse por un día, pues hay en Tepic quienes los ofrecen en alquiler a mexicanos y a huicholes".

Transcribe Lumholtz un informe que no parece rareza, sino desatino: "El padre Hunt Cortés, que ha pasado muchos años entre dichos indios, me informó que todavía sacrifican niños al dios de la lluvia Tlaloc, arrojándolos a la laguna de Texcoco, y que la misma costumbre se ob-

serva en Xochimilco (lechos de flores) y en Chalco. Los niños sacrificados son generalmente de dos a tres años, pero suelen ahogarlos hasta de diez años de edad. Algunos son hijos de padres pobres y otros de indios acomodados".

Nuestro viajero noruego conoció, estudió y describió los ritos religiosos del peyote o *jiculi*. Los tarahumaras hacían peregrinaciones a los desiertos de Chihuahua (por Ciudad Jiménez) en su búsqueda, y los tepehuanos, los coras, los tepecanos y sobre todo los huicholes lo recolectaban (y lo siguen haciendo estos últimos) en los desiertos de San Luis Potosí, siendo ambos viajes de cientos de kilómetros.

Tarahumaras y tepehuanos

Los tarahumaras practicaban trepanaciones; pescaban, entre otras técnicas, envenenando el agua con tóxicos vegetales; desde entonces cazaban venados correteándolos ("sin perder su pista durante varios días, a pesar de la lluvia y de la nieve, hasta que acorralan al animal y lo matan con facilidad a flechazos, o lo alcanzan enteramente fatigado y arrancándosele las pesuñas"); tienen su propia y real justicia ("Ningún tribunal de los lugares civilizados impone tanto respeto y obediencia como el constituido por aquellos hombres que con sencilla gravedad se sentaban al pie de la pared que amenazaba ruina, provistos de sus varas y con una solemnidad que habría parecido ridícula si no rayara en lo sublime".)

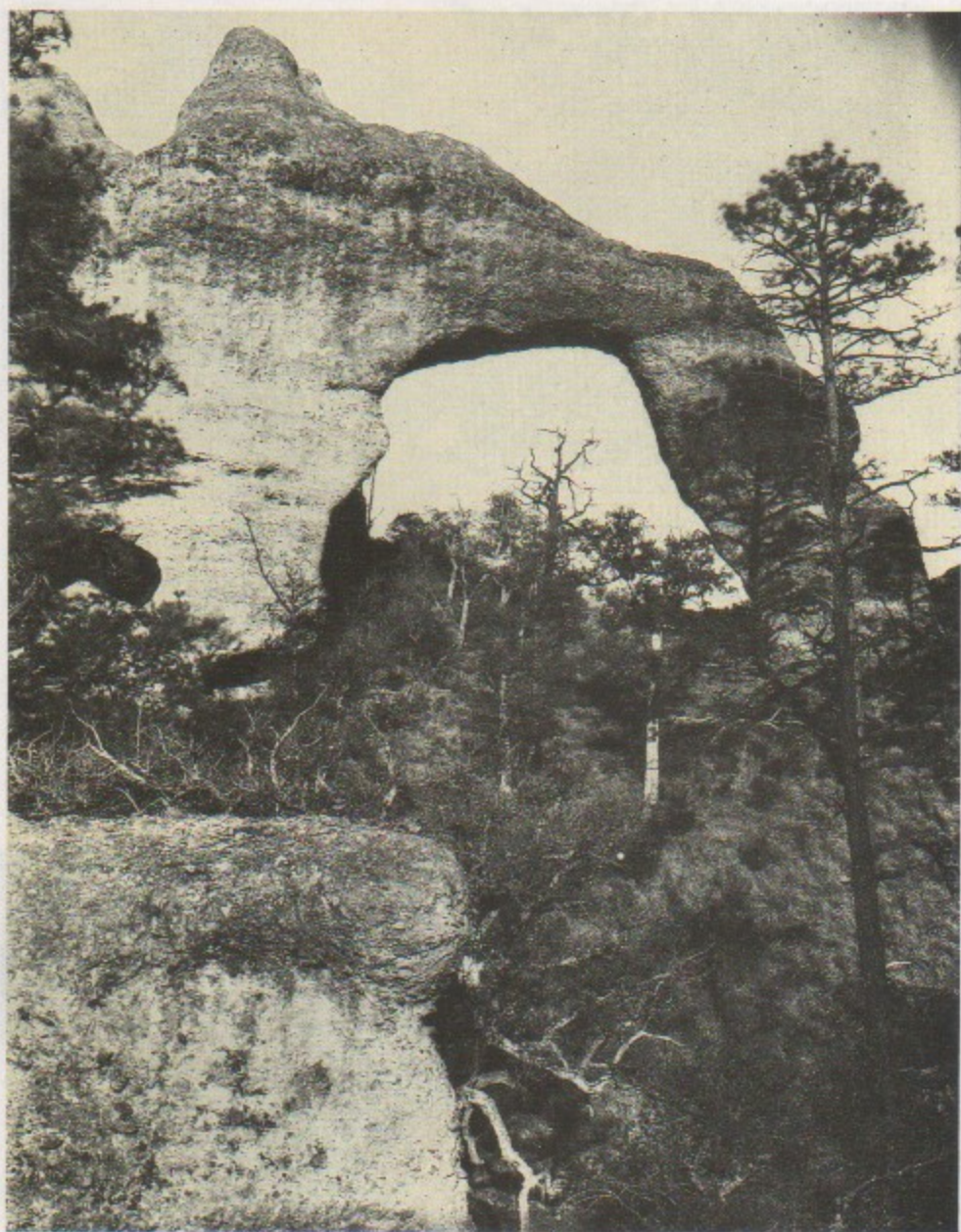
"El rasgo más notable de esos indios (tarahumaras) es la maravillosa salud que tienen y que se les advierte desde luego. Difícilmente podría ser de otro modo bajo aquel delicioso aire de la montaña, cargado con el vivificante olor de los pinos en combinación con la electricidad emanada del corazón mismo de la naturaleza. En las mesetas, donde alcanza la gente mayor longevidad que en las barrancas, no es raro encontrar individuos de cien años de edad por lo menos. Su anhelo se reduce a vivir muchos años".

Siguen siendo hoy los tarahumaras formidables corredores, como todos sabemos. "Se entretienen asimismo con la lucha, pero el *sport* que puede llamarse nacional a que tienen extraordinaria inclinación los tarahumares son las carreras a pie, que ejecutan en todas las épocas del año, hasta cuando se encuentran debilitados por la escasez del alimento. No cabe duda que los tarahumares son los mejores corredores del mundo, no en cuanto a ve-

locidad, sino en cuanto a resistencia, pues fácilmente puede correr un indio sin parar 170 millas... También las mujeres emprenden carreras, siendo grandes las apuestas y entusiasmo que en ellas prevalece, pero en menor escala que en las de los hombres. En vez de lanzar la pelotilla con los dedos de los pies, usan ellas unas largas horquetas de madera con dos o tres puntas. Es verdaderamente curioso ver a esas robustas amazonas correr pesadamente con pasmosa perseverancia, levantándose sencillamente las enaguas, al cruzar los arroyos y charcos que interceptan su paso, para abreviar el camino que recorren".

Una costumbre funeraria tarahumara subsiste actualmente en varios estados, entre ellos Puebla y Veracruz (desde huego, a nivel rural): "Una tarde pasó por mi campamento pequeña y alegre comitiva de hombres y mujeres, a caballo los unos y los otros a pie. Uno de los jinetes iba tocando el violín y otro un tambor. Cierta vieja que acababa de subir para vender algo, me explicó que llevaban a enterrar 'un ángel,' término con que se designa en México a los niños pequeños, y alcancé a ver un bulto blanco, muy bien envuelto, que una mujer llevaba sobre una tabla. Díjome la que me informaba que cuando muere algún niño sus padres se lo dan de buena voluntad al cielo, encienden cohetes y bailan alegremente, sin llorar por él".

Una bebida de maíz fermentado era eje vital de la vida tarahumara: "El tesgüino constituye una parte integrante de la religión de los tarahumares, quienes lo usan en todas sus festividades, danzas y ceremonias. Se le da al niño con la leche de su madre, para librarlo de enfermedades; con él rocía el curandero al recién nacido para fortificarlo; se aplica por dentro y por fuera como remedio de todos los males a que el tarahumara se considera sujeto... No hay acto ninguno de importancia, de cualquier género que sea, que carezca de relación con dicha bebida. Nunca se comienza a consumir un jarro sin sacrificar un poco del líquido delante de la cruz, pues se cree que a los dioses les gusta tanto como a los simples mortales... Por increíble que parezca, después de prolongada y cuidadosa investigación de tan interesante problema fisiológico, no vacilo en afirmar que en el curso ordinario de su existencia, el tarahumar no civilizado es demasiado vergonzoso y modesto en la práctica de sus derechos y privilegios matrimoniales, resultando que se



Típico paisaje rocoso de la sierra tarahumara.

conservar y se propague la raza, gracias a los efectos del tesgüino".

Desde luego, tan estimulante bebida debía ser acompañada de algún sólido: "Por lo regular, los tarahumares disponen muchas trampas para coger ratones, 'alimento' a que son aficionados, que cuando se civilizan, piden permiso a veces a los mexicanos a quienes sirven, para ir a sus casas a comerlo. Asan los ratones clavándolos en una estaca delgada".

Y sigamos más al sur, con el célibe Lumholtz: "En los ojos de algunas tepehuanas advertí un fuego tan brillante como en los de las italianas"; eso es lo importante, no esto otro: "Tampoco se cortan nunca las

uñas de las manos ni de los pies, por temor de volverse ciegos".

Científico con talento de poeta

Los mitotes o fiestas religiosas de los tepehuanos, hasta culminar en el amanecer con la dramática danza del venado; los azotes y el rigor en la aplicación de castigos; todas las descripciones que hace nuestro autor son precisas, detalladas y, con frecuencia, muy bellas: "El viento me abanicaba con sus cálidas ráfagas produciéndome sueño, y sólo cuando mi mula me hacía pasar junto a las ramas de algún espino, despertábame en medio de



Cueva-habitación tarahumara.



Granero dentro de una cueva.

fantásticos bosques de cactus, apeñuscados y sin hojas, y recibiendo la claridad de la luna inmóviles, negros y silenciosos a manera de espectros con innumerables brazos levantados. El ensordecedor ruido

de las ranas parecía servir de portavoz a los pensamientos de aquellos fantasmas que me intimidaban a río seguir avanzando; pero la mula aceleraba su paso y deslizábanse las sombras más y más rápidas

arriba y abajo del pedregoso y resbaladizo sendero que culebreaba entre aquella selva poblada de apariciones”.

Siempre al sur, seguía inspirándose el entonces solitario investigador: “¡Cuán delicioso sería establecerse allí! ¡Mi vida pasaría tan descansada! Me ayudarían los indios a construirme una cabaña, donde unido a alguna de aquellas lindas coras, quien de seguro tendría una vaca o dos que me proveyeran de una bebida civilizada, viviría sin que llegasen hasta mi sosegado retiro las contiendas y agitaciones del mundo. Los días se sucederían en la misma imperturbable paz, sin que mi amada interrumpiese la serenidad de mi vida, porque sería como la laguna, exenta de la más leve oleada en su superficie”.

Experiencias con los huicholes

Quizás fue con los huicholes con quien más se integró Lumholtz; el “canto del sacerdote era en verdad hermoso. De hecho no he oído nunca en una tribu primitiva canto mejor que el de los huicholes”.

Muchas costumbres huicholas son impresionantes: “Al amanecer comienzan los preparativos para el sacrificio, y la procesión va directamente hacia el buey, acercándose por el lado derecho. Uno de los niños lleva en la jicara el cuchillo con que se ha de matar al animal. Éste, con las patas atadas, es derribado de manera que al hallarse tendido en el suelo vuelva las patas al oriente. Enseguida, se le adornan los cuernos con flores, suenan los violines y la gente ora abundantemente alrededor del caído, animal, a la vez que los dos astrólogos levantan con la diestra sus plumas también hacia el oriente. Al punto como los rayos del sol brillan en el horizonte, los sacerdotes hacen descender lentamente sus plumas hacia el buey, fijando curiosamente los ojos en ellas durante todo el tiempo, como si contemplaran algo que realmente fuese bajando. Pasan las plumas sobre la víctima y el cuchillo con que van a matarla; rápidamente le hunde un hombre el acero en la garganta, y las mujeres recogen en vasijas la sangre para llenar tripas que ponen a cocer para comérselas. La primera sangre que chorra del moribundo animal se unta en varios objetos rituales, a menudo hermosos, hechos para el caso, los cuales constituyen símbolos de súplica y adoración que acostumbra colgar en la grutas de los respectivos dioses que han sido invocados”.

Con relación a los venados, “las astas del animal son consideradas como las plumas



Mujer criolla de la zona de Tepic.

sacerdotales, y los venados mismos son de tan capital importancia en la vida religiosa de la tribu que, si por algún motivo se llegasen a extinguir, la religión de los huicholes tendría que modificarse. La filosofía de toda su vida puede resumirse en esta sentencia pronunciada por uno de los sacerdotes: 'Orar a nuestro Abuelo el Fuego y poner lazos para coger venados, es llevar una vida perfecta'.

Las etnias tenían sus respectivos animales sagrados; así, "cada chamán tiene en su casa una culebra domesticada, y cuando necesita saber algo, la coge, le pone la cabeza vuelta al oriente y le habla para que conteste de las cuatro regiones del mundo. Los tepecanos conservan todavía sus fiestas, pero las celebran secretamente para que no los ridiculicen sus vecinos. Deben todas ser precedidas de un riguroso ayuno".

Músicos y cazadores de aves

Terminando el recorrido etnológico con los purépechas, acompañemos a Lumholtz hasta Michoacán. Las dotes tarascas lo llevan a expresar: "Esta devoción por la música imprime en México al carácter general de las masas cierta gentileza y refinamiento de modales que las distingue favorablemente de la plebe de las grandes ciudades del norte. Hay muchos indios capaces de componer música que cautivaría a cualquier auditorio de personas civilizadas, y el número de composiciones musicales que anualmente producen los mexicanos es mucho mayor de lo que se puede suponer".



La molendera viuda.



Huichol tocando el tambor.

¡Ojo!, antropólogos actuales: lo que vio Carl Lumholtz hace un siglo hay que confrontarlo con lo que vio Fernando Benítez hace pocos lustros y con nuevas investigaciones de campo: "En Cocucho, una gua-

rida de ladrones como a quince millas al oeste de Cherán, Mich., la gente adoraba, hasta hace poco, al diablo. Representábanlo con un armadillo armado de uñas y cuernos, llamábanlo el Santo Cocucho, y



Familia tarahumara en invierno.



Familia tepehuana fuera de su choza.


le sacrificaban sus adoradores parte de su botín”.

Eran extraordinarias las cacerías de aves ¡con arpón! en el lago de Pátzcuaro (de hecho, eran costumbre en todas las zonas

lacustres del Altiplano, sobre todo del Estado y del Valle de México): “Reúnese una flota de ochenta a cien pequeñas canoas, tripuladas respectivamente por cuatro individuos, dos de los cuales impulsan

y gobiernan la embarcación y los otros quedan libres para la caza. Todos parten de la orilla en fila ordenada y se dirigen hacia algún lugar previamente convenido donde hay abundancia de acuátiles. Al acercarse, lo hacen formando media luna para concentrar la volatería en sitio despejado y no muy distante de la orilla. Entonces cada cazador se pone en pie, empuñando con la mano derecha su *tzipaqui* y arpón; echa ligeramente el cuerpo hacia atrás, levanta el brazo y dispara su afilada saeta sobre la compacta multitud de aves acuáticas, seguro de atravesar casi siempre una o dos de ellas... Tales expediciones suelen durar varios días con sus noches, dando lugar a que se recoja gran número de piezas...”

La otra cara de Porfirio Díaz

Debemos concluir sin omitir que el presidente Porfirio Díaz otorgó tres entrevistas a Lumholtz, acompañado de algunos secretarios de estado; le dio cartas de recomendación que devinieron salvoconductos ante autoridades civiles, militares e incluso eclesiásticas, otorgándosele en algunos casos apurados escolta militar. El gobierno de Díaz publicó *El México Desconocido* en español. Dentro de tal marco hay que leer la opinión de este sabio noruego sobre nuestro dictador: “El General Díaz tiene un residuo de sangre mixteca en las venas, hecho que se revela en su aspecto físico y su fisonomía, y que patentiza en él gran fuerza de carácter, voluntad firmísima y al mismo tiempo benevolencia y nobleza de corazón. Es digno en su porte, de urbanas y corteses maneras, y su extraordinario magnetismo personal fascina a cuantos se le aproximan. Conoce su país y cuanto éste necesita mejor que ningún otro mexicano, y lo ha gobernado cerca de un cuarto de siglo con juicio y rara sagacidad. Cómo ha reorganizado la república, engrandecido un estado y desarrollado una nación, es asunto de la historia. El General Díaz no sólo es un grande hombre de este continente, sino uno de los más grandes hombres de nuestra época”. 

El México Desconocido (Reimpresión 1986) y *El Arte Decorativo y Simbólico de los Huicholes* (1986), ambos de Carl Lumholtz, forman parte del catálogo de publicaciones del INI, que cuenta con más de 150 títulos de libros publicados, además de numerosos documentales y de varios discos de música indígena.